

Vladimir Cora: la contemplación de la luz¹

Miguel Ángel Muñoz

CON BRILLANTE INTUICIÓN, ORTEGA Y GASSET calificaba el arte moderno de “artístico”. Es decir, de arte hecho por una minoría culta y entendida capaz de poner en juego el ejercicio de imaginación que requiere la comprensión de cualquier obra de arte de complejidad no naturalista. Se trata de un arte cifrado, decía el filósofo español, inteligible sólo cuando desentrañamos la trama formal que lo constituye. El paisaje, sin embargo, continúa Ortega, requiere una sola condición esencial: despertar en el espectador “el placer de la excursión ante las prometidas delicias de la evocación”. Pues bien, parece que no. Las circunstancias de su evolución hacen del paisaje un género nuevo, una sensación diferente. El paisaje es un género moderno. Ha convertido en experiencia artística los viejos fondos de las tracerías arquitectónicas del clasicismo. Berenson sostenía que el arte de la pintura es un arte del tacto en mayor medida que de la visión, ya que aísla en la mente objetos sensibles que después recompone visualmente en el espacio plástico a voluntad del pintor. Da igual: de la nada surge el paisaje y éste anuncia la nada, pero sin olvidar la naturaleza nutricia de la nada, llamada por Mallarme “musical”...

¹Texto del catálogo *Vladimir Cora: danza de pájaros. Obra reciente*, exhibida en el 39 Festival Cervantino en la Sala Polivalente de la Universidad de Guanajuato, 2011



De la serie *Danza de pájaros*, 2011



▲ *Naturalezas*, 2011 ►

Pero con todo, descubrir las obras recientes de Vladimir Cora es, de algún modo, interrogarse en torno a la naturaleza de la pintura, a lo que ésta parece perseguir, a los recursos plásticos sobre los cuales se apoya, a las zonas de la sensibilidad que agita, el territorio o campos que la limitan, ¿tendrá límites, en verdad? Su obra quiere ser un hábil ejercicio de composición y color, de transformación del color en forma primordial que regula los efectos visuales. Aun así, para Cora el “tema” es lo que importa y se define mediante una metáfora difícil: representar en el limitado espacio pictórico “un registro de la memoria”, y por ello, ha decidido hacer un “homenaje” a la rivieta nayarita, no sólo como un espacio pictórico, sino también poético.

La propuesta se sostiene en una profunda investigación formal que comenzó hace un par de años y se centra narrativamente en la reelaboración imaginativa de la mitología helénica: figuras filiformes que destacan sobre planos horizontales al óleo y adelantan así de improviso los severos campos de color definidos. Cora entiende que la pintura debe nacer de la memoria ancestral, de los viejos mitos de la humanidad y transformarse en la presencia de lo sublime que habita el cuadro.

Encaminada hacia este punto, su obra ha ido despojándose de cualquier certeza y seguridad, esencializando los parámetros a partir de los cuales se ha construido. De alguna manera, la pintura de Cora posee un

valor especular e inapresable; esto es, se hace visible y, al mismo tiempo, se repliega sobre sí misma. ¿Qué queda entonces entre estos dos instantes, entre la presencia de lo pintado y su serena desaparición? Siempre ha tenido una presencia importante la figura, y más en esta obra última, la figura femenina. Queda, o mejor sería decir permanece, la impronta de sus construcciones cromáticas sobre la superficie de la tela, el rastro emocional de las figuras y los gestos, las sombras de esas figuras, pájaros danzantes de luz que se abren en el color. Queda, también la ambigüedad de unas formas que son pensadas y sentidas a la vez, pues en ellas no sólo está recogida su estructura, su esencia, también se halla su aspecto más específico, su estricta inmanencia.

Es difícil, en cualquier caso, no ponerse a lucubrar con los pájaros y sus cabezas, pero sin distraerse del sentido que le da Cora en su pintura y en su escultura. Él lo explica, pero salta a la vista en sus cuadros manchados de colores, cuyo brillo va enterrando en su masa la figura de los pájaros, obligándolos a destellar entre las profundidades. Su procedimiento está en la antípoda de la nivea orfebrería impresionista, pero también, a diferencia de los minimalistas, deja avivados los rescoldos cromáticos subterráneos.





Su técnica, pues, no es sofisticada, ni apenadamente elegante, sino expresionista, voluntariamente tosca, muy sentida y urgida, como dictada por una pasión sin contemplaciones. Y el efecto logrado, dramáticamente contundente.

Es cierto, se puede ver un cambio semántico respecto a trabajos anteriores, sobre todo aquellos en los que los campos de color se articulaban entre sí interperándose y persiguiendo cierta idea de armonía. Ya en estos cuadros puede observarse cómo los fragmentos cromáticos, fugaces e irreductibles, subvertían de algún modo los precisos esquemas compositivos de sus obras, y así lograr un lirismo de gran fuerza poética, unas atmósferas cargadas de sugerencias. No es casual que viera en la experimentación cromática de Rufino Tamayo un buen estímulo para la reflexión sobre el espacio y las funciones de la luz y el color como formas protagonistas de una nueva notación constructiva de corte clásico. El arte como depurada intensificación de la experiencia estética.

En los cuadros recientes de Vladimir Cora se ha incrementado, si cabe, este concepto de lo lírico hasta hacerlo casi tautológico. Uno de los aspectos más sorprendentes de las obras recientes de Cora es que tenemos la sensación de estar esperando un escenario privado: sobre un fondo de colores sacros apreciamos texturas, pájaros como espíritus desposeídos que flotan en un éter espacial, dibujados por la luz. Y esa fragmentación se



◀ De la serie *Danza de pájaros*, 2011 ▼



ve en cada trazo del artista. Son imágenes desbocadas, impregnadas de figuración poética poco común en el arte mexicano.

Todo es elisión en estas pinturas, todo es ausencia, lo visible remite a otro lugar; lo descrito se fragmenta hasta convertirse en un ritmo que recorre y articula el espacio pictórico. No hay en este mapa de lo pictórico ningún homenaje al estilo, sino a la naturaleza misma, a su difícil transparencia. De esta manera, las figuras de Cora no se resuelven en las luces sordas, metafísicas, sino en una especie de sudario que vela una sensual profundidad palpitante. Claro que, en el filo de la navaja de la figuración, hay que matizar con cuidado la sensualidad, porque la de Cora no es táctil, sino cargada de la ansiedad de una promesa de libertad inalcanzable, o, cuando menos, trágicamente velada. En cierta manera, esta naturaleza a vuelo de pájaro está entre el deslumbramiento y las huellas de luz que restan en la libertad de la memoria. Quizá nos sorprenda esta última época de Cora, pero no su pertinaz labor creativa. En ella sigue. ■■■